

# LA PUERTA

José Antonio Cotrina

## PRIMERA PARTE

1

Era una puerta fuera de lugar, una puerta de cuento de hadas, con serpientes y dragones tallados alrededor del marco y una manilla de bronce en forma de garra retorcida. Estaba junto al mostrador, y resultaba tan extraño verla ahí, en aquella ciberteca equipada con la más alta tecnología, que era difícil no fijarse en ella nada más entrar. O al menos ésa fue la impresión de Marina, porque al parecer sus dos amigos estaban más interesados en los monitores del local que en esa curiosa puerta.

—No me lo puedo creer —murmuró Ana mientras contemplaba boquiabierta los impresionantes gráficos del juego que en ese instante mostraba una de las pantallas—. He muerto y estoy en el cielo —anunció dramáticamente mientras se llevaba las manos a las mejillas.

Marina también quedó admirada al ver la calidad gráfica del pavoroso dragón contra el que un jugador se estaba enfrentando en ese momento: las escamas mostraban un nivel de detalle asombroso, las sombras de la espada y del guerrero al caer sobre el cuerpo del monstruo eran perfectas y hasta se podía ver cómo el pecho de la bestia se movía al compás de su respiración agitada... Nunca había visto unos gráficos tan perfectos.

—Casi parece de verdad —murmuró Maurice. Al muchacho le brillaban los ojos.

Hasta ese día se habían dedicado sobre todo a jugar a través de Internet, cada uno cómodamente instalado ante su propio ordenador, pero el rumor de la existencia de aquel lugar prodigioso había conseguido sacarlos de sus casas. Si aquel lugar era la mitad de bueno de lo que habían oído, se avecinaba una tarde magnífica.

El hombrecillo que se acercó a ellos era tan extraño como la puerta junto al mostrador. Era delgado, de rostro afilado, pantalones oscuros mal planchados y camisa blanca mal abotonada, pero lo que más llamaba la atención de su atuendo era la chistera torcida que coronaba su cabeza calva, una chistera negra más propia de un mago de feria que del empleado de una ciberoteca. Les dedicó una amplia sonrisa y abrió los brazos en un gesto que abarcaba todo el local.

—Bienvenidos a *Nueva dimensión*, muchachos, el lugar donde no existe la palabra imposible —anunció con voz engolada, cargada de sentimiento al pronunciar el nombre de la ciberoteca—. O mucho me equivoco o ésta es vuestra primera visita. Me precio de no olvidar nunca una cara ni un nombre.

Maurice asintió y, como solía ser habitual, tomó la palabra. Era un muchacho decidido y resuelto. A veces demasiado, opinaba Marina.

—Un amigo nos ha contado que aquí tienen los mejores ordenadores que ha visto nunca. Y dice que es la ciberoteca más barata de toda la ciudad —señaló.

—Las buenas noticias tienen las piernas largas —confirmó el hombrecillo—. En *Nueva Dimensión* nos enorgullecemos de tener los mejores precios y los mejores equipos. Escuchadme bien, muchachos, escuchadme bien: todos los modelos que veis aquí son prototipos experimentales. Equipos que aún no están a la venta y que gracias a mis contactos en las altas esferas del sector consigo antes que nadie —dio una fuerte palmada antes de continuar hablando—. ¡Pero basta de cháchara! ¡Disfrutad de mi local que para eso está y por eso habéis venido!

Marina echó un vistazo a los ordenadores. Eran diminutos cubos de color negro, con un montón de cables y conectores diversos cubriendo su superficie. No vio ningún tipo de

marca o logotipo, ni en las cajas ni en los monitores. Resultaba extraño, pero no le concedió demasiada importancia. De hecho le podían más las ganas de probar aquellas maravillas que lo extravagante de todo el asunto, hombre de la chistera torcida y puerta incluida.

En total había treinta y dos equipos dispersos por el local, una amplia estancia rectangular de suelo blanco y paredes azules, y sólo había cinco libres; el resto estaba ocupado por muchachos ensimismados en sus pantallas, todos con sus auriculares y micrófonos puestos. Sólo había dos ordenadores libres contiguos y Maurice y Ana se sentaron a ellos. A Marina le pareció lo más natural del mundo, llevaban dos semanas saliendo y no se tomó a mal tener que sentarse sola. De todas formas escogió el ordenador más cercano a sus amigos, uno situado junto al pasillo que conducía a los servicios, las máquinas de refrescos y, por lo que pudo ver, a una especie de almacén. Apretó el botón de encendido y la pantalla cobró vida al instante. Mientras se cargaba el sistema operativo, Marina se colocó los cascos y reguló el micrófono a la altura de su boca. Si miraba hacia la izquierda podía ver el mostrador del extraño hombrecillo y, junto a él, la puerta de las serpientes y dragones. Sí, definitivamente aquella puerta estaba por completo fuera de lugar, era una puerta propia de una casa encantada y no de una ciberteca. Maurice le hizo un gesto desde su sitio para indicarle que ya estaban en marcha y ella, tras un rápido asentimiento, buscó el enlace directo del juego en el escritorio y una vez dentro introdujo su *nick* y contraseña. Al momento se cargó su personaje, una elfa arquera de nivel cuarenta y dos, de largo cabello negro y ojos azules.

Aunque en definitiva era el mismo juego al que jugaban siempre, el hacerlo en aquel nuevo entorno lo hizo muchísimo mejor. Las texturas, el movimiento, las cargas, todo era de una fluidez tan increíble que se olvidó de la realidad que la rodeaba. De hecho, el monitor parecía diseñado para eso, era ligeramente curvado y cubría su campo visual casi por entero. Además los cascos la aislaban de cualquier otro ruido que no fueran los sonidos y la música propios del juego y las voces de los otros jugadores conectados, Maurice y Ana incluidos, por supuesto. El juego era una de las últimas modas de Internet, un mundo fantástico poblado de criaturas imposibles donde los diversos jugadores luchaban por sobrevivir e ir subiendo de nivel. Era un juego absorbente, y muy adictivo en ocasiones,

pero tanto ella como sus amigos sabían muy bien cuándo debían dejarlo y reintegrarse en el mundo real.

La partida transcurrió con normalidad. Los tres muchachos, junto a otro par de jugadores habituales en sus correrías por la red, fueron contratados para realizar una misión en una gruta subterránea. Era una misión para personajes de nivel medio alto, lo bastante complicada para resultar interesante sin ser imposible de llevar a cabo. Marina se concentró en la misión y disfrutar del juego, pero a veces, sin poder evitarlo, su vista se desviaba de la pantalla a la extraña puerta junto al mostrador. Ya no sólo era el hecho de que se tratara de una puerta fuera de lugar, había algo extraño en ella, algo que no lograba definir. ¿Y la luz que la rodeaba no era diferente a la del resto del local?

—¿Estás con nosotros o no? —le preguntó Maurice a través de los cascos cuando se despistó durante un largo minuto contemplando la puerta con el ceño fruncido—. Nos vienen un montón de orcos de frente y necesitamos tus flechas.

Estuvieron dos horas largas jugando antes de decidir que había llegado el momento de regresar a casa. Al salir, Marina miró otra vez de reojo a la puerta. Tras el mostrador les observaba el hombrecillo de la chistera que sonreía amistoso al verlos marchar. Los tres muchachos estaban encantados con el descubrimiento de aquel local y, nada más poner un pie en la acera, comenzaron a hacer planes para visitarlo otra vez el día siguiente. Quedaron para hacerlo la mañana siguiente y, para completar el día, decidieron ir a patinar por la tarde. De camino al barrio donde vivían comentaron las incidencias de la partida, repasando lo que habían hecho bien y lo que tenían que mejorar, preparando nuevas estrategias de combate... De pronto, al pasar junto a un cartel publicitario donde varias figuras luminosas, vagamente humanoides, bailaban despacio alrededor de una botella de refresco, Marina se detuvo, hipnotizada por el lento movimiento de los danzantes.

—¡La puerta! —Sus amigos se giraron hacia ella y la contemplaron alarmados—. ¡Claro! ¡Eso era! —los miró a ambos, asombrada por su descubrimiento y por no haberse dado cuenta antes—. ¿No os habéis fijado? Los labrados de la puerta junto al mostrador... las serpientes y los dragones ¡se movían!

—¿Estás bien, Marina? —le preguntó Ana. Maurice suspiró y sacudió la cabeza.

—¡Lo he visto! —insistió—. Se movían muy despacio y por eso he tardado tanto en darme cuenta... Cuando entramos había dragones en las esquinas y cuando nos marchábamos lo que había allí eran serpi...

—Marina, déjate de tonterías —le cortó Maurice, se cruzó de brazos y la miró con severidad—. No había ninguna puerta junto al mostrador.

## 2

Marina despertó bruscamente.

Se incorporó en la cama, con los ojos muy abiertos y a punto de gritar. Acababa de tener una pesadilla, y aunque la había olvidado nada más despertar sabía que había estado relacionada con la puerta de la ciberteca, aquella puerta que, al parecer, sólo ella era capaz de ver. Lo único que recordaba era que, en su sueño, las serpientes y dragones tallados en la madera se movían a una velocidad de vértigo, abriendo sus fauces una y otra vez como si quisieran devorar la puerta que los mantenía presos.

La muchacha encendió la luz. Las piernas le temblaban. De pronto, un movimiento brusco frente a ella la sobresaltó. Pero sólo era su imagen reflejada en el espejo de la pared. Se quedó mirando su propio rostro; su pelo moreno, largo y alborotado le confería un aspecto alocado, y sus ojos, de un intenso azul, brillaban como los de un gato.

Respiró hondo hasta tranquilizarse. Todo el mundo decía que tenía una imaginación desbordante, pero de ahí a inventar puertas inexistentes mediaba un abismo. La había visto, estaba tan convencida de ello como de que en aquel instante se estaba contemplando a sí misma en el espejo. Una cosa era tener imaginación y otra alucinar. Muchos de sus compañeros de clase la tenían por un bicho raro porque le gustaba leer y escribir relatos fantásticos, pero eso no significaba que lo fuera. De hecho, estaba casi convencida de que ella era la más racional de todo el instituto, y lo era, precisamente, por tener tanta imaginación como decían. No creía en hadas, duendes o fantasmas, no creía en nada que no pudiera ver o tocar. Quizá por eso le gustaba leer y escribir sobre seres y tierras que no existían, porque era entonces, en el papel, durante un rato, cuando esas fantasías cobraban

realidad. Nada le hubiera gustado más que creer en lo sobrenatural, en lo imposible. La realidad la encantaba, estaba repleta de maravillas, pero a veces echaba a faltar ese toque de magia y milagro que encontraba en los libros que leía o en su propia cabeza al escribir cuentos o, por qué no, en la pantalla de su ordenador cuando jugaba. Pero si algo había aprendido en sus catorce años de vida era a distinguir muy bien la fantasía de la realidad.

Y aquella puerta era real.

### 3

Al día siguiente, por supuesto, la puerta continuaba allí. Marina había acudido a la ciberoteca media hora antes de la cita fijada con Maurice y Ana. Y, como sabía que iba a suceder, la puerta seguía ahí, tozuda y real junto al mostrador. Ahora podía ver con claridad lo que antes se le había escapado: el movimiento de las tallas en la madera. Los dragones y las serpientes se contorneaban lentamente mientras giraban en la puerta en dirección contraria a las agujas del reloj, tan despacio que hacía falta saber que se movían para comprobar que, en efecto, lo hacían. Se quedó inmóvil largo rato en la entrada del local, contemplando aquella puerta imposible, sin tener muy claro qué hacer a continuación. El hombrecillo tras el mostrador apartó la mirada de la pantalla de su propio ordenador, asintió y se acercó a ella, con idéntica sonrisa a la que había enarbolado el día anterior.

—Bienvenida a *Nueva dimensión*, muchacha, el lugar donde no existe la palabra imposible —anunció—. O mucho me equivoco o ésta es tu primera visita a mi humilde local. Me precio de no olvidar nunca una cara ni un nombre.

Marina tardó en reaccionar. Aquéllas habían sido casi las mismas palabras de ayer. Por un momento estuvo tentada de sacarle de su error, pero decidió que no era oportuno hacerlo.

—Sí —contestó insegura—. Me han hablado muy bien de este sitio y quería probarlo.

—Las buenas noticias tienen las piernas largas —dijo, como la tarde antes, el hombrecillo. Luego le indicó que tomara asiento en el ordenador libre que más le gustara antes de regresar a su puesto tras el mostrador.

Marina eligió el lugar desde el que podía vigilar mejor la puerta de las tallas móviles. Encendió el monitor y entró en el juego, aunque sin intención alguna de jugar. En cambio, se dedicó a observar el lento movimiento de los dragones y serpientes. ¿De verdad era la única que podía verlo? Estudió al resto de clientes del local. Un par de jóvenes le sonaban de ayer, aunque no estaba segura de que fueran realmente ellos, pero de un tercero no le quedó ninguna duda: era un muchacho rubio, de ojos verdes, que vestía el mismo llamativo chándal de color rojo del día anterior. Hasta el último de los usuarios se encontraba aislado por completo del mundo que les rodeaba, de hecho nadie apartaba la vista de las pantallas. Todos llevaban los cascos y el micrófono puestos, pero la mayoría guardaba un concentrado silencio. Muchos ni siquiera pestañeaban. Inmóviles ante el monitor, a excepción de las manos, que manejaban frenéticas a sus trasuntos en otros mundos, ya fuera mediante teclado y ratón o a través de los sofisticados mandos que estaban conectados a cada aparato.

No habían pasado ni cinco minutos cuando en un súbito raptó de inspiración Marina se levantó, salió de la ciberteca y, tras contar despacio hasta diez, volvió a entrar. Aguardó unos segundos en la entrada, con la mirada fija en el hombrecillo tras el mostrador. No se sorprendió cuando caminó hacia ella, con la misma sonrisa de unos minutos antes.

—Bienvenida a *Nueva dimensión*, muchacha, el lugar donde no existe la palabra imposible —dijo, y no sólo sus palabras eran idénticas, el tono de su voz era exactamente igual al de unos minutos antes, como si en realidad aquel hombrecillo no estuviera hablando sino emitiendo un mensaje grabado—. O mucho me equivoco o ésta es tu primera visita a mi humilde local. Me precio de no olvidar nunca una cara ni un nombre.

—Vale, lo concedo. Es raro. Muy raro —escuchó decir a Ana en sus auriculares. Les acababa de hacer una nueva demostración de la increíblemente mala memoria del hombrecillo que se preciaba de tener tan buena memoria. Era la tercera vez que lo hacía.

—No le hagas ni caso, Ana —terció Maurice—. Nos están gastando una broma pesada. Marina se ha puesto de acuerdo con el tipo del ciber y nos quieren tomar el pelo.

—Maurice, por favor —intervino Ana—. Sabes lo poco que le gustan a Marina las bromas. Aquí ocurre algo raro —tras la segunda demostración de Marina ella misma había salido de la ciberteca y vuelto a entrar y lo único que había conseguido del hombre de la chistera había sido un leve cabeceo a modo de saludo. Por lo visto aquella falla en la memoria sólo funcionaba con Marina.

—Y está esa puerta que sólo yo puedo ver —dijo ella.

—Que sólo tú dices ver —puntualizó Maurice.

—¿De verdad que no te interesa el asunto? —preguntó Ana, sorprendida y malhumorada—. Aquí está ocurriendo algo extraño y a ti parece darte igual.

—Porque yo he venido a jugar —refunfuñó él—. Y eso es lo que voy hacer. Así que dejadme en paz de una vez —anunció centrándose en su pantalla.

Marina y Ana cruzaron una mirada airada. La idea de ponerse a jugar como si nada les parecía absurda, no con lo que estaba sucediendo en aquel lugar. Pero ¿qué podían hacer? Y en definitiva, ¿qué era lo que estaba ocurriendo allí? Marina miró por enésima vez alrededor. Le inquietaba estar en aquel extraño local, pero también le emocionaba como pocas cosas lo habían hecho en su vida. Si aquella puerta era en verdad mágica, como con toda probabilidad parecía, es que la magia era real.

—¿Dónde crees que lleva la puerta? —preguntó Ana.

—No lo sé —contestó ella. Y ahí residía lo emocionante: aquella puerta podía conducir a cualquier parte. Si la magia existía, todo, absolutamente todo, era posible—. Pero quiero averiguarlo —dijo.

El plan era sencillo y lo pusieron en marcha de inmediato. Marina se levantó, tomó el pasillo que llevaba a los servicios y, desde la esquina, aguardó a que Ana llamara al hombrecillo para que le solucionara un supuesto problema en el ordenador.

—¿Problema? —preguntó él mientras se inclinaba hacia la pantalla, con una mano sujetándose la chistera y los ojos entrecerrados—. Debe ser un error. Es imposible que estos equipos tengan problemas.

—Quizá tenga algo que ver con el juego, no lo sé —dijo mientras hacía un gesto a Marina para que se diera prisa—. La pantalla se me ha quedado en blanco varias veces y...

Ella avanzó decidida, con el corazón palpitándole en el pecho. Llegó hasta la puerta y le sobrecogió tenerla tan cerca. Las tallas eran preciosas, magníficas, casi parecían diminutos seres vivos que nadaran despacio bajo la madera. Por un instante tuvo la impresión de que los ojos de los dragones y las serpientes estaban fijos en ella, de que podían verla con la misma claridad con la que ella los veía a ellos. ¿Y acaso importaba que fuera así?, se preguntó; había llegado demasiado lejos como para echarse atrás. Tragó saliva mientras su mano temblorosa se acercaba a la manilla con forma de garra. Se escuchaba un murmullo continuo procedente de la puerta, era como si las tallas hablaran o cantaran en un lenguaje desconocido. Sacudió la cabeza y aferró con decisión la manilla. Al momento, sintió cómo la garra labrada se cerraba con fuerza en torno a su mano. A punto estuvo de gritar sobresaltada. Intentó soltarse, pero la garra la mantenía presa con firmeza. Trató entonces de girar la manilla para abrir la puerta, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles: por mucha fuerza que aplicara en cualquiera de los dos sentidos la manilla la contrarrestaba sin dificultad alguna. Miró hacia atrás, asustada, en busca de ayuda. Maurice, como el resto de clientes del local, estaba perdido en su mundo virtual mientras Ana continuaba entreteniendo al hombrecillo de la chistera, señalándole con vehemencia el monitor con una mano mientras con la otra tecleaba el hechizo que hacía que su maga volviera por unos instantes la pantalla blanca, un sortilegio para cegar enemigos que ahora tenía un cometido diferente. Marina resopló y tiró con todas sus fuerzas, pero no consiguió

liberarse. Era cuestión de tiempo que el hombrecillo la descubriera. Ana no podría mantenerlo mucho tiempo más engañado.

De pronto, se escucharon pasos al otro lado de la puerta, unos pasos pesados y lentos. Alguien tomó la manilla. Marina sintió la vibración de esa otra mano en el pomo y se estremeció. La puerta comenzó a abrirse hacia dentro y en ese mismo instante la garra de bronce la soltó por fin. Se apartó a trompicones mientras la puerta continuaba abriéndose despacio. Actuó sin pensar: se tiró al suelo y se deslizó tras el mostrador. Oculta tras éste se giró para ver quién aparecía tras la puerta.

La criatura que asomó por ella no era humana. Marina se mordió la mano para no gritar. Su cabeza era alargada y verdosa y su prominente mandíbula se disparaba hacia delante como las fauces de un cocodrilo, llenas de colmillos retorcidos. Contaba con cuatro ojos, dos enormes sobre el hocico plano y otros dos más pequeños donde deberían ir las orejas. Todo su cuerpo estaba recubierto de placas coráceas, como si fuera algún tipo de crustáceo. Se apoyaba en dos poderosas patas acabadas en una única uña curva. Sus manos, enormes, estaban plagadas de dedos, a cada cual más retorcido y afilado; era como si de sus múltiples nudillos naciera un ramillete de agujas y escalpelos. Y hasta la última de sus garras estaba manchada de un rojo brillante que hizo que Marina pensara inmediatamente en sangre. La joven no daba crédito a lo que veía. Esa cosa era una aberración, un engendro horrible.

Y mientras lo miraba, aterrorizada, la criatura comenzó a cambiar. Sucedió de forma gradual: primero sus grotescas fauces fueron haciéndose más pequeñas, como si una mano invisible estuviera recortándolas hasta darles la forma y el tamaño de unos labios humanos. Los múltiples dedos acerados fueron menguando de número y tamaño hasta quedar reducidos a cinco dedos con uñas de aspecto normal. Los brazos siguieron el mismo camino, la coraza crustácea que los recubría se transformó en tela gris y el tamaño de sus extremidades se hizo humano. Marina parpadeó, incrédula. De alguna manera supo que el cambio del que estaba siendo testigo estaba relacionado con la puerta, a medida que el monstruo se alejaba de ella se iba convirtiendo en humano, de tal modo que la criatura que avanzó hacia el hombrecillo de la chistera y Ana era a sus ojos una persona del todo normal. Un individuo corriente al que no dedicaría dos miradas al cruzarse con él en la

calle. Era muy parecido al otro hombre, tanto en aspecto como en indumentaria. En lo único en que se diferenciaban era en que el primero llevaba chistera y el segundo, en cambio, un llamativo bombín rojo.

Marina se estremeció al ver cómo se acercaba a Ana. Podía parecer un hombre pero ella sabía que no era así: era un espanto imitando a un ser humano. El recién llegado apoyó su mano en el respaldo de la silla de su amiga y Marina recordó la monstruosa garra teñida de rojo que acababa de ver hacía unos instantes. Ana miró hacia atrás un segundo pero no consiguió verla oculta como estaba.

—Qué niña tan graciosa —murmuró el hombre-monstruo del bombín mientras, con delicadeza, apartaba la mano de Ana del teclado para que dejara de escribir el hechizo con el que había engañado a su compañero. Su voz era rancia, tenía un deje extraño, casi animal—. Y qué broma tan simpática nos acaba de gastar —dijo con una sonrisa que pretendía ser amigable sin conseguirlo—. No hay nada malo en el aparato, ¿verdad?

Ana asintió mientras de reojo buscaba a Marina.

La joven comprendió que había llegado el momento de salir de su escondite, pero cuando comenzaba a incorporarse se fijó en el ordenador que se encontraba tras el mostrador y se detuvo. Era idéntico a los de los clientes, salvo en un pequeño detalle: estaba enchufado a la pared mediante los cables más extraños que había visto en su vida; eran una veintena, de un color azulado unos y de un vivo color rojo otros. Más que cables parecían venas. Se incorporó despacio y salió de detrás del mostrador, sin apartar la vista del ordenador. No, no parecían venas: lo eran. El ordenador estaba unido a la pared a través de venas. Se tapó la boca con la mano, asqueada y asombrada, y retrocedió otro paso. Justo en ese momento se dio cuenta de que el hombrecillo de la chistera estaba a su lado, mirándola con una gran sonrisa en los labios y los ojos brillantes.

—Bienvenida a *Nueva dimensión*, muchacha, —dijo. Y a Marina se le antojó que sonreía de manera diferente a las otras veces que había dicho aquella frase—, el lugar donde no existe la palabra imposible.

—No pienso irme —dijo Maurice, sin dignarse siquiera a mirarlas—. Si os habéis vuelto locas es vuestro problema, no el mío. Yo me quedo aquí a jugar.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Ana—. ¿No has escuchado nada de lo que te hemos dicho?

—Lo único que sé es que te has dejado liar con las tonterías de Marina. Eso es lo que sé. Marina se ha vuelto loca y quiere volverte loca también a ti —cabeceó en dirección a la salida, sin apartar la vista del monitor—. Si queréis marcharos, ahí está la puerta. Yo he pagado dos horas y pienso aprovecharlas.

Ana sacudió la cabeza.

—No me lo puedo creer. En serio no me lo puedo creer. Es la última vez que te lo digo, Maurice. Nosotras nos vamos. ¿Vienes o te quedas?

El chico no respondió. Se limitó a apretar los dientes y atacar con redoblada furia al grupo de espantajos que había cercado a su personaje, un enorme guerrero armado con un hacha impresionante. Ana resopló, cogió a Marina de la mano y ambas echaron a andar a buen paso hacia la salida.

El hombre de la chistera había regresado a su sitio tras el mostrador y las contemplaba con la misma mirada de plácida felicidad de costumbre al verlas marchar. En cambio su compañero del bombín las observaba con clara desconfianza desde una esquina. Tenía los brazos cruzados ante el pecho, la cabeza ligeramente ladeada, los ojos entrecerrados y no cesaba de mover los dedos. Marina se estremeció al recordar la verdadera forma de aquella criatura.

—¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos? —preguntó Ana una vez estuvieron lo bastante lejos de la ciberteca. Se retorció las manos mientras miraba ansiosa a su amiga—. ¿Se lo contamos a alguien? ¿Avisamos a la policía?

Marina suspiró. Ya había pensado en ello.

—¿Y qué se supone que vamos a contarles? —preguntó—. ¿Que hay una ciberteca en el centro con monstruos que cambian de aspecto para parecer humanos? ¿O les hablamos de la puerta que sólo yo puedo ver? —suspiró—. Nadie nos creería, Ana. Ni siquiera sabemos si están haciendo algo malo ahí dentro...

—Dijiste que ese monstruo tenía manchadas las manos de sangre —señaló su amiga.

—Dije que creía que era sangre. Es muy distinto —apuntó ella—. No sé qué podemos hacer, no sé si podemos hacer algo —sacudió la cabeza. Se sentía impotente.

Ana se detuvo, respiró hondo y luego miró fijamente a su amiga a los ojos.

—Dime que es real —le rogó—. Dime que no te lo estás inventando.

—Es real, Ana —contestó—. Te lo juro. Todo es real. La puerta, el monstruo...

—Y nosotras hemos dejado a Maurice allí —murmuró.

## 7

Ya en casa, Marina no pudo dejar de pensar en la ciberteca ni un solo instante. Estuvo toda la comida ausente, dándole vueltas a lo ocurrido e intentando encontrar una explicación a lo que estaba pasando en ese lugar. ¿Qué eran aquellas criaturas? ¿Qué querían? Cuanto más pensaba en lo que había visto, más difícil le resultaba creerlo, aun a pesar de haber sido testigo directo de ello. ¿Y si Maurice tenía razón y se estaba volviendo loco? Ésa era la explicación más sencilla, la más lógica. Y quizá no debería descartarla a la ligera. Pero eso no explicaba el extraño comportamiento del hombre de la chistera, ese continuo olvidarse de ella, esa constante repetición de las mismas frases cada vez que la veía aparecer.

Entró en Internet decidida a investigar todo lo posible sobre la ciberteca. El local no tenía página web propia pero sí encontró varios anuncios en distintos periódicos digitales locales. La ciberteca, en un alarde de inmodestia, se anunciaba como “la mejor oferta en

informática de ocio de todos los tiempos” y como “el lugar donde la imaginación y la técnica se hermanan para alcanzar lo imposible”. Por lo que pudo comprobar Marina apenas llevaba una semana abierta.

Mientras investigaba, una alerta de su programa de mensajería le indicó que Ana acababa de conectarse a Internet. Casi al instante una ventana se abrió en su monitor y apareció una invitación de su amiga para iniciar una videoconferencia. Marina aceptó y poco después el rostro de Ana apareció en pantalla.

—Adivina quién me acaba de llamar —le anunció. Aunque el micrófono de la muchacha no era de buena calidad y su voz sonaba distorsionaba, el enfado en sus palabras era más que evidente. Por supuesto, no le dio a Marina la oportunidad de contestar—: La madre de Maurice. Quería saber si yo sabía dónde andaba —dijo—. El niño no ha ido a comer a casa, ¿te lo puedes creer?, y no responde a sus llamadas —Marina miró el reloj en la barra de herramientas. Eran las cinco de la tarde, hacía horas que habían dejado la ciberteca. Frunció el ceño—. Sigue jugando. Acabo de entrar al juego y ahí está, descabezando muertos vivientes con su hacha. He intentado hablar con él y no me ha contestado. Y a mí tampoco me responde al móvil. Por lo visto parece que no quiere saber nada de mí ni dentro del juego ni fuera...

Marina abrió de nuevo la página del periódico donde había leído el anuncio de la ciberteca. Según la publicidad, el local estaba abierto todo el día, sin pausas ni descansos. Iba a cerrar la página cuando una noticia llamó su atención. Era una nota en la que se informaba de la desaparición de un joven del centro. Se llamaba Mario, un joven rubio, de ojos verdes, complexión atlética y que, según la nota, vestía un chándal rojo y zapatillas de deporte en el momento de su desaparición. Marina se estremeció: era el joven que había visto los dos días en la ciberteca, no le cabía la menor duda. Tanto la descripción física como las ropas coincidían. Su inquietud aumentó todavía más al leer que en los últimos días habían desaparecido tres muchachos en esa misma zona.

—¿Marina? —escuchó decir a Ana. Levantó la vista y se encontró con la imagen de su amiga, mirándola preocupada—. ¿Estás bien? Te has puesto muy seria de repente.

—¿Qué? —negó con la cabeza mientras intentaba recomponerse—. No, no —dijo—. Será cosa de la cámara. Es una porquería —no quería preocuparla más de lo que ya estaba—. ¿Te parece que intente hablar yo con Maurice?

—No te hará caso —le advirtió.

—Pero no pierdo nada por probar —añadió con una sonrisa. Intentaba en lo posible ocultar su nerviosismo a Ana. Y por la mirada cada vez más recelosa de su amiga intuyó que no lo estaba haciendo demasiado bien—. Dame unos minutos y te cuento, ¿vale?

Interrumpió la videoconferencia sin aguardar respuesta, respiró hondo y entró en el juego.

Maurice estaba conectado como Ana le había dicho, pero todos los intentos de comunicarse con él, ya fuera a través de mensajes internos o de viva voz, fueron inútiles. El joven no parecía dispuesto a responder. Decidió abordarlo de manera directa. Una búsqueda rápida de sus contactos en el juego le mostró que el personaje de Maurice estaba en el linde del bosque de Alandor, a las afueras de la ciudad que solía ser el punto de partida de sus andanzas. Hacia allí llevó a su propio personaje. Era la primera vez que entraba en el juego después de probarlo en la ciberteca y en su monitor ahora se veía deslucido y gris; los colores habían perdido viveza y los movimientos de los personajes, tanto los que se cruzaba en su camino como el suyo propio, no eran tan fluidos. Intentó abstraerse de todo eso. Debía encontrar a Maurice e intentar hablar con él. No tardó mucho tiempo en encontrarlo. Estaba sentado en el tocón de un árbol, a los pies de una colina de un verde esplendido, rodeado por docenas de cadáveres. Estaba inclinado hacia delante, empuñando su hacha de batalla con ambas manos, con la vista perdida en el suelo. La armadura que vestía estaba ensangrentada.

—Vaya escabechina que has montado —dijo ella con tono casual. El personaje de Maurice ni se inmutó, permaneció tan inmóvil como si fuera parte del escenario. Marina hizo avanzar a su elfa hasta situarla frente al guerrero—. Ya basta de tonterías, Maurice. Me da igual que te creas o no lo que te he contado, esto ya no tiene nada que ver con puertas ni con monstruos: Ana está preocupada por ti.

En ese instante la pantalla fluctuó, vibró. Y de pronto los colores del monitor se hicieron más vivos, cobraron realidad. Fue como estar de regreso a la ciberteca, como si la tecnología de aquellos ordenadores tan extraños se estuviera infiltrando en el suyo. Y era una invasión violenta, salvaje. La pantalla crepitaba, la torre retumbaba... En un impulso, Marina pulsó el botón de reinicio pero nada ocurrió. Trató de apagar el ordenador pero aquello tampoco resultó. Se levantó de la silla, dispuesta a arrancar el cable de alimentación de la torre cuando el personaje de Maurice alzó la vista, pero no para mirar a la elfa, sino a la propia Marina. Entonces escuchó la voz. La joven se detuvo, la mano alzada en dirección al cable, los ojos fijos en ese personaje irreal que de pronto le daba tanto, tanto miedo.

—Puedes vernos —escuchó a través de los auriculares. No era la voz de Maurice, era la de la extraña criatura que había aparecido por la puerta de los dragones y serpientes—. Eres capaz de vernos ¿Qué eres tú? —dijo—. ¿Un hada? ¿Un demonio? ¿Qué eres?

—¿Dónde está Maurice? —preguntó Marina. A su pesar se le quebró la voz en la garganta. Se había colocado tras la silla y se aferraba con fuerza al respaldo—. ¿Qué habéis hecho con él?

El guerrero bufó al otro lado de la silla.

—No. Eres una niña humana, nada más y nada menos... ¿Y aún así puedes vernos? —se levantó del tocón del árbol y se acercó hacia la pantalla a paso vivo—. ¿Qué extraño sortilegio es éste? Tus ojos son los ojos de un ser humano. Puedo verlos. La sangre que corre por tus venas no tiene traza alguna de magia, tu cerebro no conoce más palabras que las de tus ancestros y aún así, ¿eres capaz de vernos? ¿Qué sinsentido es éste?

—¿Dónde está Maurice? —preguntó de nuevo.

—¿Maurice? —inclinó la cabeza. Estaba muy cerca de la pantalla, pero aquel rostro no perdía definición alguna, de hecho la ganaba. No era una animación lo que espiaba tras el monitor, era un verdadero guerrero, tan real como podía serlo ella. Y entre ambos sólo se interponía un fino cristal—. ¿Eso es un nombre?: Maurice —pronunció la palabra con extrema lentitud, como si estuviera calibrando su sabor—. El niño que se sentaba aquí. A

ése te refieres, sin duda. El niño que manejaba el avatar insípido que habito ahora mismo. ¿Te interesa conocer su destino? ¿Eso es?

—Quiero saber dónde está. Quiero saber si le habéis hecho algo.

—Ninguna de esas preguntas tiene fácil respuesta —dijo la criatura tras la pantalla.

—Soltadle. Soltadle a él y a los otros —Marina se aferró con más fuerza si cabe al respaldo de la silla. Le costaba trabajo pensar. La irrealidad de lo que estaba ocurriendo era tan desproporcionada que tenía ganas de gritar—. Voy llamar a la policía —anunció, y aquella decisión tan obvia, tan lógica, sirvió para tranquilizarla—. Eso es lo que voy a hacer. Eso es lo que tenía que haber hecho desde el principio. Ellos se encargaran de vosotros.

—Tu policía no tiene jurisdicción allí donde ahora se encuentra tu amigo —ladeó la cabeza y entrecerró los ojos. Un brillo entre maléfico y divertido se adivinó en ellos—. ¿Qué eres, niña? No puedo dejar de mirarte. Hay algo en ti que se me escapa, una sutil vibración que me hace pensar que eres más de lo que veo —el guerrero apoyó la mano contra el monitor y Marina escuchó claramente el sonido de sus dedos al golpear la pantalla al otro lado—. Lo vi esta mañana y ahora lo veo todavía con más claridad. Te ofrezco un trato. Vuelve al local, ven a por tu amigo, atraviesa la puerta y podréis marcharos juntos.

—No voy a ir —le aseguró—. Voy a llamar a la policía —repitió mientras asentía rápidamente con la cabeza—. Voy a llamarla ahora mismo... —Salió de su refugio tras la silla y cogió el móvil que había dejado sobre la mesa. Retrocedió con él en la mano, sin apartar la vista de la pantalla de su ordenador.

—No encontrarán nada porque aquí no hay nada que encontrar. Ellos no pueden ver la puerta y no pueden pasar al otro lado —el guerrero sonrió—. Así que pierde el tiempo si ése es tu deseo y llama a los tuyos. Poco podrán hacer. Y deja que te advierta: nuestra labor aquí está a punto de terminar. Pronto un cartel en la puerta del local anunciará un cierre prematuro e irrevocable de nuestro negocio. Así que toma tu decisión, pero tómala pronto.

Marina se mordió el labio inferior.

—¿Cómo sé que Maurice y los otros están bien? ¿Cómo sé que no es una trampa?

El guerrero sonrió.

—No puedes saberlo, niña. Y no puedes engañarme: vas a venir, te mueres de ganas de atravesar la puerta y ver qué hay al otro lado.

## 8

Estaba cometiendo una locura. Lo sabía. A cada paso que daba más convencida estaba de ello. Ni siquiera había avisado a Ana de lo que se disponía hacer.

—¿Qué estoy haciendo? —se preguntó en voz alta y el sonido de su propia voz la estremeció. Aún así la necesidad de ir a esa ciberteca era más fuerte que todo lo que pudiera decirle su sentido común, y no sólo por intentar salvar a Maurice o a quienquiera que esos engendros hubieran atrapado. Marina necesitaba saber qué ocurría tras esa puerta. El monstruo tenía razón: tenía que verlo con sus propios ojos, aunque se jugara la vida.

Tras la cristalera de la ciberteca se vertía una tibia luz parpadeante. Marina, lejos de amedrentarse por la cercanía del local ganó en ánimo y aceleró el paso. Quería llegar cuanto antes. Empujó la puerta al llegar a ella y ésta se abrió en absoluto silencio. No lo pensó dos veces y entró.

La puerta de los dragones y serpientes continuaba allí, y las criaturas del marco, olvidada ya toda precaución, se movían a una velocidad de vértigo. Una de ellas lanzó una furiosa dentellada que hizo saltar astillas de la madera.

No quedaba ni un solo cliente en el local, todos habían desaparecido sin dejar rastro. Allí sólo estaba el hombrecillo de la chistera, aguardaba inmóvil en el centro mismo de la ciberteca. Mientras se aproximaba a él, la puerta emitió un súbito resplandor. Bajo aquella luz el hombrecillo se transformó en un grotesco ser de madera. Era una especie de tosca marioneta con forma humana, una criatura deforme, de brazos y piernas desproporcionados y una cabeza enorme sobre la que temblaba desequilibrada la chistera. Estaba cubierta de seres diminutos, lechosas parodias de seres humanos que corrían por su corteza con las

pequeñas bocas abiertas y los ojos desorbitados. Cuando la puerta dejó de emitir aquella luz la criatura recuperó su forma humana y los extraños seres blancuzcos se desvanecieron. Marina no se movió de donde estaba. Unos segundos después un nuevo destello llegó desde la puerta y la muchacha miró alrededor. Quería ver cómo era el local de verdad con esa luz.

Las cajas negras que se repartían bajo cada uno de los puestos de la ciberteca no eran cajas, eran una especie de grandes escarabajos metálicos, de largas alas de cristal que no dejaban de agitar y zumbar. Los monitores tampoco eran tales, eran espejos de marcos de bronce, espejos sucios y agrietados. Las paredes eran de madera desvencijada, llenas de manchones y humedad. El suelo era simple barro. El mostrador un baúl enorme plagado de musgo y hongos. Marina no daba crédito a lo que veía. Cuando la luz de la puerta destellaba un nuevo mundo tomaba el lugar de la vieja y conocida realidad. ¿Pero qué era real y qué ilusión? ¿Cómo podía saberlo? ¿Cómo podía estar segura?

—Bienvenida a *Nueva dimensión*, muchacha, el lugar donde no existe la palabra imposible —dijo la criatura hecha de madera. Pero ahora no era una sola voz la que hablaba, era un coro de vocecillas agudas—. O mucho me equivoco o ésta es tu primera visita —las diminutas criaturas se aferraban a sus labios y los abrían para simular que aquella boca hablaba. Otras se encargaban de hacerlo pestañear. La mayoría se centraba en las articulaciones de la marioneta, moviéndolas cuando era necesario—. Me precio de no olvidar nunca una cara ni un nombre —los seres que manejaban su boca le hicieron sonreír—. Aunque siempre olvide tu cara, niña extraña.

Aquel prodigio tampoco la acobardó. Echó a andar hacia la puerta y el engendro de madera, lejos de impedirselo, la precedió en su marcha. Había cientos de pequeñas criaturas en sus rodillas y tobillos, flexionándolos para que pudiera avanzar.

—Debemos escoltarte hacia la puerta y abrirla para ti. Eso es lo que nos han encomendado hacer y esto lo que nos han ordenado decir: Por muchas veces que abras una puerta, por muy segura que estés de dónde te va a llevar, siempre existe la posibilidad de que te equivoques. Siempre existe la posibilidad de que esa puerta te lleve a otro lugar. Eso es la magia. Esa es la maravilla. Y eso es lo que debes saber antes de entrar.

Las criaturas blancas hicieron que la mano del ser de madera tomara la manilla con forma de garra. Marina contuvo la respiración. Había llegado la hora. Los dragones y serpientes recorrían el marco a toda velocidad, cantaban canciones que no estaban hechas para oídos humanos. El corazón de la muchacha latía acelerado.

Y de pronto, el mundo entero se detuvo.

Y la puerta se abrió.

## SEGUNDA PARTE

1

La puerta estaba abierta, pero Marina no se atrevía a cruzarla.

Tras el hueco en la pared no se veía más que negrura, era como si la puerta hubiera sido sustituida por una capa de firme oscuridad. Prestó atención. Alcanzaba a escuchar sonidos distantes, pero le resultaba imposible identificarlos con claridad. ¿Eran eso campanillas? ¿Alguien cantaba a lo lejos?, ¿o se trataba de alaridos? De pronto escuchó una explosión, o quizá un potente golpe de tambor, fuera como fuera el estruendo no se repitió, aunque le dejó el corazón en un puño. También se oía un lejano tintineo y el zumbido continuo de maquinaria en funcionamiento. ¿Qué estaba ocurriendo allí? Se escuchó lo que perfectamente podía ser un rápido batir de alas, seguido a continuación de una melodía desafinada que bien podía provenir de una vieja gramola. Los olores también eran peculiares: olía a especias, a perfumes imposibles y exóticos que hacían pensar en países lejanos, en árboles frutales desconocidos; también olía a mar y a incendios y podredumbre.

La criatura de madera le hizo un gesto de invitación a entrar, pero Marina la ignoró. Por más que examinaba la oscuridad no alcanzaba a distinguir nada más allá: la negrura era una nueva barrera que había sustituido a la puerta de los dragones y las serpientes. Los hombrecillos blancos que pululaban sobre la superficie de la marioneta murmuraban entre sí; parecían nerviosos, como si la reticencia de la muchacha a dar ese paso fuera algo no previsto a lo que no sabían cómo enfrentarse. Hicieron que el brazo derecho del hombre de madera se alargara hasta su cabeza, luego flexionaron los dedos de tal modo que tomaron el ala de la chistera, la alzaron en el aire y terminaron su gesto con una tosca reverencia en dirección a la oscuridad que se adivinaba más allá del vano.

—La puerta está abierta —dijo una voz desde las sombras. Sonaba impaciente—. La invitación hecha. Entra por tu libre voluntad, niña humana.

—¿Qué hay ahí dentro? —quiso saber.

—¿Por qué dudas? ¿Por qué retrasas el momento? Sabes tan bien como yo que vas a entrar, sabes que llegado a este punto no te queda más alternativa que hacerlo, así que ¿por qué insistes en demorarlo?

No le quedó más remedio que darle la razón. No podía echarse atrás, de hecho dudaba que existiera esa posibilidad. Miró de reojo a la extravagante criatura de madera que la acompañaba y a los cientos de seres blancuzcos que la manejaban. No, no creía que pudiera escapar de allí por muy rápido que corriera. Asintió con decisión, tomó aliento y dio los pasos necesarios para atravesar el umbral.

## 2

Nada más pasar al otro lado, la oscuridad se disipó con un tremendo fogonazo que deslumbró a Marina y la hizo recular asustada. A punto estuvo de caer al suelo, pero una mano la sujetó con firmeza de la cintura y la mantuvo de pie. La muchacha parpadeó varias veces y se frotó los ojos con fuerza, pero tardó lo que se le antojó una eternidad en adaptarse a la potente luz que iluminaba el lugar.

Lo primero que vio fue al horripilante engendro crustáceo de pie ante ella, el mismo que le había hablado transmutado en el personaje de Maurice aquella tarde y, aunque resultaba complicado asegurarlo con esas fauces desproporcionadas, parecía sonreír. Los cuatro ojos del monstruo estaban fijos en ella.

—Me complace que finalmente hayas vencido tus reticencias y cruzado la puerta, ya empezaba a temer que me hicieras salir para empujarte dentro —gruñó aquella cosa—. Me llamo Cadarasantarana, pero puedes llamarme Cadar. Te doy la bienvenida, niña humana. El lugar donde te encuentras ahora tiene muchísimos nombres en innumerables lenguas, algunos tan largos que me llevaría un día entero pronunciarlos, por suerte en tu idioma es un nombre corto: La Encrucijada, un nombre escueto y descriptivo como puedes ver. Y ahora, si no te importa, me gustaría que miraras a tu alrededor —le pidió mientras retrocedía un paso, como si con ese gesto pretendiera facilitarle la visión—. Quiero

comprobar si esos ojos humanos tuyos son capaces de contemplar de verdad lo que nos rodea.

Marina se mordió el labio inferior. Nunca en la vida había estado tan inquieta, tan nerviosa..., tan expectante. Se moría de ganas de mirar en torno suyo y, al mismo tiempo, un miedo terrible le impedía hacerlo. Durante unos instantes mantuvo su vista fija en la cosa monstruosa que tenía ante ella. Le costó mucho trabajo apartar la mirada del llamado Cadar, pero al final lo consiguió. Durante un largo minuto dejó vagar sus ojos por la vasta cámara donde se encontraba. Y fue tal su grado de asombro ante lo que allí veía que no le quedó más remedio que sentarse en el suelo.

—Supongo, por tu más que obvia turbación, que sí eres capaz de verlo —señaló Cadar. Y emitió un sonido corto y abrupto que bien pudo haber sido una carcajada.

Se encontraban en el centro de una caverna, una gruta tan enorme que podría contener catedrales. Entre las enormes estalactitas que se precipitaban del cielo rocoso volaban aves y pequeños lagartos alados. La luz provenía de un sinfín de luciérnagas que revoloteaban por el lugar y de una esfera luminosa, una suerte de diminuto sol amarillento, a la que una enorme cadena incandescente unía a una gigantesca argolla. El suelo de la gruta estaba plagado de estalagmitas, la mayoría recubiertas de enrevesados jeroglíficos, algunas envueltas en lo que parecían luces de navidad. Y había dos dragones dormidos, uno blanco y uno negro, grandes como elefantes, muy cerca de donde Marina estaba. Y un unicornio y un grifo, uncidos a una noria que hacían girar con pesada lentitud. La joven vio pasar una nube de peces voladores sobre su cabeza y, sin poder evitarlo, incapaz de soportar tanta maravilla, tanto imposible, cerró los ojos y se echó a llorar, deseando que todo aquello no fuera un sueño, deseando que todo lo que acaba de contemplar siguiera ahí cuando abriera los ojos. Quería creer en los milagros.

Para su alivio, todo continuaba igual cuando, al fin, se atrevió a abrir los ojos. A menos de un metro de donde se encontraba sentada colgaba del aire la puerta que acababa de cruzar, y a través de ella podía distinguir con toda claridad la ciberteca, convertida ahora en un jirón de realidad al alcance de su mano. Los dos dragones dormidos estaban muy cerca de ella, recostados el uno sobre el otro. Apestaban a azufre y ceniza. Del pecho de

ambas bestias emergía el entramado de venas que Marina había visto al otro lado de la puerta; las venas caracoleaban por el suelo de la caverna y desaparecían por una diminuta abertura en mitad de la nada. De allí, comprendió la joven, iban a parar al insecto de la ciberteca.

Había más “puertas” abiertas en la cueva. Algunas eran simples desgarrones en el aire, otras, como la que había traspasado para llegar allí, contaban con formas definibles, precisas. Las escenas y paisajes que se podían contemplar por ellas no tenían nada que ver con la gruta. A través de una abertura irregular, con forma de bandera ondeante, se podía ver un extenso prado en el que pastaba una manada de caballos blancos; uno de ellos con alas. Por una puerta cercana Marina podía ver un glaciar azotado por una tremenda tormenta.

—Lo ves —dijo Cadar mientras se acuclillaba ante Marina—. Sin duda lo ves.

La muchacha asintió. Se limpió las lágrimas con la manga de la blusa.

—¿Por qué no debería hacerlo? —preguntó con un hilo de voz.

—Porque por extraño que parezca los humanos son capaces de ignorar lo que tienen ante sus ojos. Porque son muchos los que negarían un milagro sólo por seguir creyendo que el suelo que pisan es firme y seguro. Muchos negarían la existencia de la maravilla sólo por tener la estúpida certeza de que dentro de su armario nunca habrá un monstruo.

La vista de la joven recorrió los desgarrones más cercanos a ella. Una puerta a metro y medio de altura conducía a una sala esculpida enteramente en hielo; allí varias criaturas etéreas parecían bailar alrededor del bosque de columnas transparentes que sujetaba la cúpula de la estancia. Otra abertura se abría a un callejón oscuro de aire medieval, otra a una plazuela exquisita, con edificios magníficos plagados de ventanales y vidrieras.

—Son puertas a otros mundos —dijo ella.

—Pueden parecértelo, pero no lo son —contestó Cadar—. Todos los portales que contemplas conducen a tu mundo. Hay una red mágica que recorre toda la Tierra, una tela de araña que comunica hasta la última casa encantada y el último rincón mágico del

planeta. De hecho ese es el nombre que muchos le dan: La Telaraña. Esta encrucijada en la que estamos no es más que uno de sus nudos, quizá el más importante. Sí, niña humana, tu mundo está plagado de maravillas y portentos —tendió su mano, repleta de garras a Marina. Y ella se sorprendió tomándola sin el menor titubeo—. Levántate —le pidió mientras la ayudaba a incorporarse—. Mi amo desea conocerte.

### 3

Cadar la guió por La Encrucijada hasta otra puerta flotante. Tras ellos marchaba la marioneta de madera con los diminutos hombrecillos blancos a cuestas. La puerta era idéntica a otras tantas que salpicaban el lugar: un rectángulo enmarcado en el vacío tras el que se veía una imagen completamente diferente a la de la gruta que los rodeaba. En este caso ese umbral conducía a una amplia sala con aire de biblioteca: había estanterías plagadas de libros por doquier y una mesa de estudio al fondo, cubierta por un sinfín de libros revueltos. Había alguien allí dentro, pero quedaba prácticamente oculto a los ojos de Marina por un gran sillón. Entraron y Cadar carraspeó para anunciar su presencia.

—He traído a la niña conmigo, como me pidió —dijo.

El “amo” de Cadar no era, ni de lejos, como Marina se lo había esperado. Desde que había sabido de su existencia se había preguntado qué tipo de monstruo estaba a punto de conocer. Pero el ser que estaba de pie ante la mesa era humano, el humano más hermoso que Marina había visto jamás. Debía de tener poco más de veinte años y la joven se quedó sin respiración sólo con verlo. El desconocido levantó una mano enguantada, pidiéndoles que aguardaran y volvió a los libros. Cogía uno, lo hojeaba veloz y luego lo dejaba de lado mientras tomaba otro en sus manos. Después de repetir aquella actividad varias veces debió hallar lo que buscaba, porque se detuvo de pronto y señaló un libro con entusiasmo.

—Sí, sí, éste funcionará a la perfección —dijo—. Y yo que creía que no iba a encontrar el párrafo adecuado. ¡Me has traído suerte, muchacha! —anunció y le dedicó una radiante sonrisa. Sacó una libreta negra de un bolsillo de su chaleco, una pluma de dentro de su manga izquierda y copió con premura lo que fuera que hubiera encontrado en el

libro—. Es magnífico, magnífico, sencillamente magnífico... —Guardó la libreta con satisfacción en su chaleco y se acercó a grandes pasos hacia ellos—. Nadie como Shakespeare para hablar del amor, ¿no crees? ¿Has estado alguna vez enamorada? —se llevó una mano a la boca, como si estuviera sorprendido por lo que acababa de decir—. ¡Oh! ¡No contestes! ¡Qué insolencia preguntar eso! ¿Cómo se me habrá ocurrido?

Marina retrocedió un paso, cohibida por el aspecto del joven y por sus palabras.

Tenía el cabello negro y largo, hasta casi rozar sus hombros, y una expresión en su rostro que empujaba a confiar en él. Sus ojos eran tan oscuros como su pelo y sus rasgos marcados a la par de dulces. Llevaba pantalones y chaleco negro, una camisa roja con las mangas repletas de arabescos. Parecía saber todos los secretos del universo y estar a punto de desvelarlos. Y aún a pesar de toda la repentina confianza que le inspiraba, Marina no pudo dejar de fijarse en la espada que llevaba al cinto, y en los guantes negros con los que enfundaba sus manos. Había algo perverso en ellos, algo equivocado. Parecían los guantes que se pondría un asesino para no dejar huella en el escenario donde pretende cometer su crimen.

—Me llamo Nathaniel Paraíso —se presentó, tendiéndole con elegancia una mano que ella, tras un momento de vacilación, estrechó. Los guantes eran de terciopelo—. Traficante de sueños y coleccionista de maldiciones —dijo y ella dio un respingo al oír aquello—. Tú te llamas Marina, ¿verdad? —Asintió, se había quedado sin palabras y su prolongado silencio y sus mejillas encendidas le estaban haciendo sentir ridícula—. Cadar me ha informado de lo mucho que te han llamado la atención nuestras actividades en tu ciudad. Espero no haberte causado ningún perjuicio con ellas.

Fue entonces cuando encontró suficiente presencia de ánimo como para hablar. De pronto, se sintió furiosa consigo misma por haber cedido a los encantos de aquel joven. Había olvidado por completo a Maurice y al resto de desaparecidos.

—¿Perjuicio? —preguntó—. No sé quién eres ni qué quieres, pero has secuestrado a mi amigo. ¡Y no es el único al que retienen aquí contra su voluntad!

Nathaniel la contempló con cierta sorpresa. Luego entornó los ojos y se acarició la barbilla, pensativo.

—Oh. Sí. Es cierto. Tenemos a tres muchachos con nosotros.

—Cuatro, mi señor —apuntó Cadar—. Al final creyó oportuno aumentar el número.

—Sí —concedió Nathaniel—, tienes razón, lo había olvidado: cuatro. Y el proceso se está alargando demasiado esta vez, así que es natural que comiencen a echarlos de menos en sus casas —suspiró—. Fallo mío, todo hay que decirlo. Me estaba costando mucho trabajo dar con lo que necesito, aunque al menos ya casi lo tengo todo —sonrió a Marina que contemplaba estupefacta al hombre y al monstruo—. Te pido disculpas. Te aseguro que mi intención es causar las mínimas molestias posibles, aunque siempre es inevitable provocar alguna —se detuvo de pronto mientras la observaba con renovado interés—. ¿Y has venido hasta aquí tú sola a rescatarlos? —preguntó admirado—. ¡Qué osada!

—Yo... —¿Cómo decirle que no había acudido por eso? No había ido allí con la pretensión de rescatar a nadie, básicamente porque sabía que no daba el perfil adecuado para ir por la vida de intrépida aventurera. Lo que la había guiado, en realidad, había sido algo más egoísta: la imperiosa necesidad de averiguar dónde llevaba esa puerta que no podía existir—. Él me dijo que si venía liberaría a los demás. Y que me dejaría marchar con ellos —dijo finalmente.

—¿Dijiste eso, Cadar?

—No fueron mis palabras exactas. Ella debió de entender, quizá, que sólo los liberaríamos si ella venía, lo cual no es del todo correcto —los cuatro ojos del monstruo la miraron—. Vinieras o no, niña humana, los hubiéramos soltado esta noche.

—Eso no fue lo que entendí —dijo Marina. Era complicado sostener la mirada a un ser con tantos ojos.

—Deja que te dé un consejo, adorable insensata —comentó Nathaniel—. No vuelvas a fiarte de desconocidos. Y menos aún si tienen un facha tan extraña como la de Cadar. No es buena idea. Nunca puedes estar seguro de dónde vas a acabar si te juntas con

semejantes compañías. Al menos hoy has tenido suerte —sonrió de nuevo—. A pesar de nuestras excentricidades, con nosotros estás a salvo. Y me alegro de que hayas venido. Tenía curiosidad por conocerte. Has visto la puerta que lleva a La Encrucijada a pesar del hechizo de camuflaje que la cubre y, por lo que tengo entendido, también has sido capaz de contemplar el verdadero aspecto de Cadar. ¡Eres tan fantástica que el títere que se encarga de cuidar la ciberteca nunca era capaz de recordarte! Eres una personita muy peculiar, ¿lo sabías?

—¿Entonces ellos están bien? —preguntó. Se sentía halagada por las palabras de Nathaniel y, de nuevo, enfadada consigo misma por dejarse encandilar por el carisma de aquel hombre—. ¿De verdad podremos irnos todos?

—Con total libertad —le aseguró él—. En cuanto termine lo que estoy haciendo.

—¿Y qué se supone que estás haciendo? —quiso saber la muchacha. ¿Qué relación podían tener Maurice y los otros con buscar textos en libros?

Nathaniel sonrió. Muchos de sus gestos tenían un deje de niño travieso.

—Sueños, eso hago, a eso me dedico: construyo sueños.

#### 4

Nathaniel caminaba ante ella, con la espada en la mano y la mirada atenta. Le hizo un gesto para que se detuviera entre dos estalagmitas retorcidas, una estaba repleta de pinturas rupestres, la otra estaba coronada por lo que bien podía ser el gorro picudo de un mago.

—Éste es el punto —anunció—. Sí, la vibración es la adecuada y el aire tiene la consistencia correcta—. A continuación alzó la espada y trazó un rectángulo ante sí con una maestría envidiable. Enfundó después el arma y retrocedió un paso.

En el aire quedó marcada una nítida línea negra que seguía el recorrido recién realizado por la espada; de pronto el interior de esa figura se solidificó, como si el espacio

contenido allí se hubiera congelado. Luego se hizo añicos y los pedazos al caer se convirtieron en niebla. Lo que ahora aparecía ante Nathaniel era una nueva puerta. Aquel hombre acababa de perforar la realidad como si no fuera más que un pedazo de papel, abriendo un camino hacia otro lugar. Nathaniel se giró hacia ella y enarcó una ceja antes de cruzar al otro lado. Un instante después su cabeza volvió a aparecer por la abertura.

—¿No vienes? —le preguntó.

Marina se apresuró a seguirlo.

No pudo evitar sentir cierta decepción al ver al lugar dónde Nathaniel la había conducido. Esperaba una nueva maravilla, algún nuevo milagro, pero le había guiado a un vertedero, un repugnante y maloliente vertedero. Mirara donde mirara veía montañas de basura y desperdicios. Hizo una mueca. El olor era apestoso.

—¿Qué has venido a buscar aquí? —quiso saber.

—Los últimos ingredientes que me faltan para el sueño que necesito hoy. Los penúltimos a decir verdad. Pero no te preocupes, no me llevará demasiado tiempo conseguirlos. Al menos no debería hacerlo.

—Traficante de sueños... —murmuró Marina. Su capacidad de asombro hacía tiempo que había sido rebasada. Estaba dispuesta a aceptar lo que fuera. Y eso, en cierto modo, la alegraba—. ¿Me estás diciendo que tú los fabricas? ¿A eso te dedicas? —No podía imaginarse cómo alguien podía construir un sueño.

Nathaniel asintió sin dejar de hurgar en la basura. Hizo una mueca de asco y cambió de montón.

—Eso es. Fabrico sueños y los vendo a gente que me paga muy bien por ellos — cogió un elegante zapato de señora con el tacón roto y lo observó detenidamente. Asintió y lo metió dentro de la mochila que llevaba al hombro—. Y sí, soy traficante porque la mía es una profesión prohibida. Hay mucho desaprensivo, mucho loco capaz de construir sueños atroces para las criaturas más perversas. Nunca me verás a mí haciendo eso. Tengo en demasiada alta estima lo que hago como para rebajarlo de esa manera. Sueños a medida. A

eso me dedico. ¿Quieres soñar la noche entera que eres una mariposa que vuela sobre un campo de diamantes? Acude a mí y lo serás. ¿Quieres que construya una ciudad solo para ti para que busques en ella a la persona que amas? Soy tu hombre —se acuclilló ante lo que parecía un violín destrozado. Sonrió, lo limpió con la palma de su mano enguantada y lo metió también en la mochila.

—¿La gente no se conforma con sus propios sueños? —preguntó Marina.

Nathaniel rompió a reír.

—¡Jamás! ¡Nunca lo hacen! El mío es un negocio siempre en alza, te lo aseguro —sonrió—. Pero no sólo vendo sueños a gente que quiere darse caprichos. También tengo sueños para gente que ha olvidado cómo soñar. Sueños terapéuticos para enfermos, sueños para despedirte de seres amados a los que has perdido... —mientras hablaba continuaba rebuscando entre la basura y metiendo los más diversos objetos en su mochila: unas gafas rotas, un caballo de juguete, una vela a medio derretir—. Una vez hice un sueño negro, un sueño vacío para alguien que, por una noche, no quería soñar absolutamente nada. Y en más de una ocasión he hecho sueños para moribundos, casi todos querían morir soñando que eran de nuevo niños... —Encontró un viejo peine, lo limpió contra la pernera de su pantalón y lo guardó en la mochila—. Ésta es la última pieza que buscaba. Podemos dejar ya este apestoso lugar si te parece. He de reconocer que los vertederos me son muy útiles para mi tarea, pero me desagradan sobremanera —se irguió y contempló la abertura en el aire por donde habían venido. Desde ese lado lo único que se veía era un rectángulo de sólida oscuridad—. Todavía falta un ingrediente más para que pueda hacer el sueño que tengo en mente —miró a Marina y le guiñó un ojo—. Y supongo que tienes ganas de ver a tu amigo. ¿O es algo más?

—Bueno... —la joven frunció el ceño ligeramente—. En realidad ni siquiera somos amigos... De hecho me cae bastante mal.

Nathaniel se echó a reír.

Maurice estaba sentado en un aparatoso asiento de madera, con aspecto de trono, plagado de símbolos arcanos, incisiones y marcas coloreadas. El joven estaba profundamente dormido, tan inclinado hacia delante que si no caía al suelo era por las cintas que lo mantenían atado a los brazos y al cuerpo de la silla. Maurice compartía la estancia con otros tres muchachos sentados en idénticos asientos, entre ellos el del chándal rojo que Marina había visto en la ciberteca. Había una docena más de esos toscos tronos, dispuestos en círculo alrededor de una enorme mesa hexagonal sobre la que reposaba lo que Marina tomó por una inmensa y retorcida tetera. Ante esa mesa se encontraba Cadar. Llevaba puestos unos guantes rojos que le llegaban hasta medio brazo, los mismos que, comprendió Marina, había visto aquella misma tarde y tomado por sangre en la agitación del momento. Alrededor de la tetera había varias redomas, probetas y matraces, comunicados unos con otros y a la propia tetera por un rocambolésco entramado de finos tubos de cristal.

—Aquí es donde retengo a las víctimas de mis perversas atrocidades —anunció Nathaniel cuando atravesaron la puerta flotante que conducía a esa habitación—. Y no creas que lo digo tan en broma como puede parecer. Ésta es la parte más desagradable de mi trabajo, más que trastear por sucios vertederos... —dejó la mochila sobre la mesa—. Hay un elemento sin el que no puedo componer sueños. Es del todo esencial. De hecho es lo que amalgama el resto, lo que le da consistencia: necesito imaginación. Y una imaginación muy específica... —se giró hacia ella y la señaló con su dedo enguantado—. La de muchachos de tu edad, los que han dejado ya atrás la inocencia de la infancia pero todavía no se han adentrado del todo en la aburrida edad adulta. Ése es el cemento sobre el que compongo mis obras.

—Por eso los has secuestrado —comprendió—. ¿Les robas la imaginación? —Torció el gesto. Algo no encajaba. Maurice no era un muchacho muy imaginativo, a decir verdad. Nathaniel pareció leerle el pensamiento.

—Por paradójico que suene busco jóvenes con escasa imaginación —le explicó—. Los que apenas echarán en falta lo que les robe. De ahí la ciberteca, me pareció una buena idea para tratar de localizarlos. Así puedo seleccionar con calma los muchachos que más se ajustan a mis propósitos. Y es una tarea ardua encontrar a los adecuados. La mayoría de los

que han acudido estos días al local tenían una imaginación viva, superlativa. Y esos no me interesan.

—No lo entiendo. ¿No debería ser al contrario?

—Sí, así debería ser. Pero como te dije antes procuro siempre causar las mínimas molestias posibles. Por eso robo la imaginación a aquellos que sé que no la van a echar en falta. Son gente aburrida en su mayoría, jamás recuerdan sus sueños, apenas tienen sentido del humor y adolecen de una escasa vida interior... Sí, pueden disfrutar de la imaginación de los demás, pero nunca usan la suya... No saben ni quieren aprender. Por eso los elijo a ellos. Me parece injusto que malgasten un don tan maravilloso como ése... Y al menos así yo consigo sacarle partido —contempló a los muchachos dormidos y agitó la cabeza con pesadumbre—. No se la arrebató toda, eso sería una crueldad innecesaria. Dejo una chispa que al cabo de un tiempo hará que lo robado se regenere. La imaginación es una de las fuerzas más poderosas del universo, te lo aseguro. Sabe cuidarse muy bien sola.

—Pero... —Marina sacudió la cabeza—. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo puedes robar algo tan intangible como la imaginación?

—La condenso y la extraigo. Por si no te lo había dicho antes, también soy mago. No soy capaz de grandes proezas, es cierto, pero conozco algún que otro truco ingenioso. Y de ellos me sirvo para robar algo tan inasible a priori como la imaginación. Y, por supuesto para componer los sueños. ¿Quieres ver cómo lo hago?

Marina asintió. Por supuesto que quería verlo. Nathaniel sonrió. Se quitó la mochila del hombro y fue sacando de su interior todo lo que había encontrado en el vertedero y disponiéndolo sobre la mesa. Allí también puso la página de la libreta donde había copiado lo que fuera de aquel libro. También colocó junto a ellos un diamante, un dedal, una pieza de ajedrez, una brizna de hierba y el plano de una ciudad. A continuación hizo un gesto a Cadar que procedió a desenroscar lo que Marina tomaba por una tetera. Nathaniel comenzó a meter en su interior lo que había ido dejando en la mesa. Lo hacía con sumo cuidado, meditando largo rato qué objeto introducir primero. Cuando todos estuvieron dentro, Cadar volvió a enroscar la tapa. Luego Nathaniel abrió un cajón de la mesa y extrajo cuatro

diademas doradas. Una a una las fue colocando en la frente de los muchachos dormidos. Marina asistió en absoluto silencio a toda la operación, embelesada por lo que veía.

—A través de esto me haré con su imaginación —le explicó Nathaniel—. No te inquietes. No sufrirán la menor molestia. No sentirán nada. Aunque eso sí, la extracción a la que estoy a punto de someterlos trae aparejada un pequeño efecto secundario: olvidarán por completo lo ocurrido en las últimas treinta horas. Es como si al arrebatárles la imaginación les arrancara también la memoria reciente. No sé en qué grado les molestará a ellos no recordar lo sucedido, a mí, para qué engañarte, es algo que me viene francamente bien.

Cuando los cuatro tuvieron aquel peculiar adorno en la frente, Nathaniel retrocedió unos pasos, juntó las palmas de sus manos como si rezara y comenzó a musitar una lenta letanía, con la cabeza baja y expresión concentrada. Marina no supo a ciencia cierta cuánto tiempo transcurrió desde que aquel canturreo comenzó hasta que fue consciente de que las diademas habían empezado a brillar. El canto de Nathaniel era hermoso, pero había algo terriblemente melancólico en su gesto. De pronto las cuatro diademas destellaron al unísono y Marina fue testigo de cómo exhalaban cuatro nubecillas plateadas que surcaron por el aire el espacio que las separaba de la tetera. Cuando entraron en ella, Cadar se puso en movimiento. Comenzó a abrir y cerrar cajones de la mesa y a sacar botellas cuyo líquido echaba en las probetas y matraces. Parecía hacerlo de forma descuidada, casi al azar. Poco tiempo después todo aquello burbujeaba y hervía.

—Ya está —murmuró Nathaniel, dejando al fin de cantar—. Todo está en marcha. Pronto el sueño se licuará y habrá llegado el momento... —en sus palabras había ahora una clara tristeza.

Aguardaron unos minutos en silencio, contemplando la inmensa tetera de la mesa. Su base se había vuelto incandescente y de las aberturas que jalonaban su parte alta salían volutas de humo blanco. Tras un tiempo indeterminado, del extremo de la tetera emergió de pronto una llamarada blanca. En ese instante, Cadar tomó con delicadeza un frasco de cristal de un cajón y lo colocó bajo una protuberancia hueca del curioso instrumento. Unos instantes después un líquido ambarino fluyó de la tetera al interior de la redoma. Cadar la

tapó y, ceremonioso, se la tendió a Nathaniel quien la recogió con una leve inclinación de cabeza.

A continuación se giró a Marina. Intentó sonreír, pero no consiguió hacerlo.

—Este no es un sueño a la venta —dijo—. Es un sueño especial, muy especial... ¿Recuerdas cómo me presenté antes? —le preguntó—: traficante de sueños y coleccionista de maldiciones, a eso dije que me dedicaba. Ya has visto cómo fabrico los sueños con los que luego trafico. Deja que te enseñe ahora la más preciada pieza de mi colección de maldiciones.

## 6

Nathaniel la condujo a una nueva puerta en la gruta y a través de ella pasaron a un delicioso dormitorio, una maravilla repleta de muebles de ensueño y tapices a cada cual más hermoso. Un inmenso ventanal se abría a una noche estrellada tan perfecta, que casi parecía un cuadro.

En la cama con dosel que ocupaba el centro de la estancia, dormía una bella muchacha de largo cabello rojo. Estaba tumbada sobre la colcha, de un immaculado color blanco, vestida con un elegante vestido de gala negro. Tenía tres pecas en la mejilla izquierda y las manos entrelazadas sobre el vientre. Era una visión hermosa, plácida. Nathaniel llegó hasta la cabecera de la cama, con la redoma que contenía el sueño recién elaborado entre las manos enguantadas. Con suma delicadeza entreabrió los labios de la joven y vertió el contenido del frasco en ellos. Marina vio cómo de la boca de la muchacha emergía un hilo de humo violáceo.

Sólo necesitó contemplar la expresión con que Nathaniel la miraba para comprender que estaba completa y absolutamente enamorado de ella. Sintió una absurda punzada de celos.

—¿Es tu...? —no sabía cómo terminar la frase y el propio Nathaniel acudió a su rescate:

—¿Mi novia? ¿mi esposa? ¿mi compañera? —negó con la cabeza mientras acariciaba la mejilla de la durmiente—. No es nada de eso. Sé su nombre: se llama Neve. Jamás hemos hablado, al menos jamás hemos hablado fuera de sus sueños. Nunca, jamás, he oído el sonido de su voz... Es... —frunció los labios—... es una pieza más de mi colección. La conseguí hace unos años, a cambio del sueño más perfecto que he elaborado en la vida...

La muchacha dormida sonrió de pronto.

—Ya ha empezado a soñar —su voz sonó mucho más animada al ver aquella respuesta en el rostro de la durmiente—. Apareceré ante ella montado en un alazán negro y la invitaré a pasear. Si acepta, y espero que lo haga, la llevaré a cabalgar por una ciudad de mármol y cristal, una ciudad encantada, el lugar más maravilloso que ha existido jamás sobre la faz de la tierra. Cenaremos junto al mar, bajo las estrellas, y luego la llevaré a bailar a un hermoso palacete. Allí le recitaré las poesías más hermosas que... —calló de pronto, perdido en sus ensoñaciones—. Será perfecto. Deberá serlo. Aunque yo nunca lo sabré. Es ella la que sueña el sueño, yo sólo lo lanzo a su interior...

—¿Pero qué le ocurre? —preguntó Marina. Se acercó hasta la cama.

—Supongo que conoces el cuento de *La Bella Durmiente* —dijo Nathaniel—. El de la princesa dormida a la que sólo un beso de amor verdadero puede despertar —Marina asintió, por supuesto que conocía ese cuento—. La maldición que pende sobre Neve es de naturaleza similar, pero mucho, muchísimo más cruel. Como la princesa del cuento sólo puede ser despertada por el beso de alguien que la ame de verdad —Marina se iba a apresurar a hablar pero Nathaniel la contuvo con un gesto—. Pero hay una segunda parte de la maldición que lo cambia todo. Quien la despierte con ese beso, morirá al hacerlo. Ésa es la parte cruel. Cuando ella abra los ojos, quien la haya despertado los cerrará para siempre. ¿Comprendes? Y quien la bese debe estar al tanto de ese pequeño detalle antes de hacerlo. No sólo necesita un beso de amor verdadero, necesita que quien se lo dé sepa que morirá al dárselo.

Marina estaba horrorizada. ¿Quién podía ser tan cruel de lanzar esa maldición?

—Y aún así, te prometo por mi vida que la besaría sin dudarle un instante —le aseguró Nathaniel—. Moriría feliz sabiendo que ella viviría... —Detuvo la caricia y contempló con una sonrisa amarga su mano enguantada—. Yo también estoy maldito, Marina. Y no es una sola maldición la que pesa sobre mí, son varias, algunas aterradoras, otras ridículas —le mostró las palmas de sus manos. Los guantes que las cubrían se le antojaron todavía más siniestros—. Mi toque es mortal —dijo Nathaniel—. No puedo tocar a nadie sin matarlo. Si, por casualidad, te rozara con uno de mis dedos morirías presa de una terrible agonía. Y no voy a describirte lo que ocurriría si te diera un beso. Soy veneno, puro veneno —bajó de nuevo la mirada al rostro de la joven durmiente—. Si la besara para despertarla la condenaría a una muerte atroz.

Marina tardó en articular palabra.

—Lo siento... yo, lo siento tanto... —sentía unas terribles ganas de llorar. Se llevó una mano a la boca y así contuvo el llanto—. Es horrible. Es lo más horrible que he oído nunca.

—Bueno... Te aseguro que yo he visto cosas peores —dijo y se echó a reír. Y era una risa tan sincera que la admiración que Marina ya sentía por aquel hombre se redobló—. Al menos puedo visitarla mientras duerme. Y me basta con saber que existe la posibilidad de que ella esté enamorada de mí en sus sueños —soltó una risotada—. Cadar dice que soy un estúpido romántico. Y creo que ese viejo cangrejo tiene razón.

La muchacha contempló el rostro de la durmiente y suspiró. Veía cómo los ojos de Neve se movían bajo sus párpados y se preguntó qué maravillas estaría contemplando. Vio cómo sus labios se estiraban en una nueva sonrisa y desvió la mirada a Nathaniel, preguntándose si aquella sonrisa sería fruto de algo que él acababa de decir en el sueño de la durmiente.

—Me gustaría poder hacer algo por ella... —dijo Marina.

—Un sentimiento muy noble —le aseguró Nathaniel—. Pero no hay nada que puedas hacer.

—Sí, sí puedo —aseguró—. Dicen que tengo muchísima imaginación. Hay quien asegura que tengo demasiada. Y no... no creo que eso sea malo, ¿verdad?

—No, no lo es.

—No, supongo que no... —suspiró—. Eso es lo que puedo darte. Toma mi imaginación. Y haz que Neve sueñe con ella.

7

Habían regresado a la sala de los tronos de madera. Nathaniel la había hecho sentarse en uno de ellos y ahora ajustaba las cintas en torno a sus muñecas y su cintura. Lo hacía con suma delicadeza, poniendo infinito cuidado en cada uno de sus gestos. Marina se preguntó cómo sería vivir sabiendo que el menor roce de tu piel podía provocar una muerte. Sería una pesadilla, una pesadilla constante. Ella no sería capaz de vivir con semejante carga sobre sus hombros.

—No sentirás absolutamente nada —dijo Nathaniel mientras ajustaba la última cinta—. Una vez todo esté dispuesto te lanzaré un hechizo suave que te sumirá en un sueño profundo. Entonces comenzaré la extracción. Será muy parecido a lo que has visto hace un rato, sólo que no irá a parar al mezclador de sueños, sino a un receptáculo adecuado donde la conservaré para usarla más adelante —Nathaniel debió ver la sombra de preocupación que pasó por el rostro de la muchacha—. Sólo me llevaré una porción mínima de tu imaginación, te lo prometo. Y aún así será cien veces más que la cantidad que he conseguido con estos otros cuatro durmientes. Durante un tiempo no soñarás, y estarás más melancólica que de costumbre. Si te preguntan qué te ocurre no sabrás qué responder, pero luego, poco a poco, irás recuperándote.

—¿Puedo preguntarte algo? —quiso saber mientras él abría un cajón de la mesa para sacar la diadema plateada.

—Por supuesto que puedes —contestó Nathaniel.

—Para esto me hiciste venir, ¿verdad? Sabías que si me contabas tu historia, si me mostrabas a Neve... Sabías que querría ayudarte. Que haría lo que estoy haciendo.

Nathaniel sonrió.

—No te voy a insultar mintiéndote —dijo—. Tenía la esperanza de que así fuera, es cierto. Alguien con la capacidad de ver lo que está oculto a los ojos de la mayoría es una persona muy especial, alguien con la mente abierta como pocas... Y ésa es la materia de la que se fabrican los sueños que de verdad importan —retrocedió un paso—. Pero no te estoy manipulando, eso tenlo por seguro. De hecho te concedo la oportunidad de echarte atrás si ése es tu deseo. Puedes hacerlo, todavía estás a tiempo.

—No, no voy a echarme atrás —le aseguró—. Tú no me pediste nada. Yo te lo ofrecí —contempló el rostro de Nathaniel y sonrió con tristeza. La hermosura del joven, en aquellos instantes, se le antojó dolorosa—. Olvidaré todo esto, ¿no es así? Te olvidaré a ti, La Encrucijada, los dragones dormidos... —Nathaniel vaciló un instante pero luego asintió—. Yo... Me gustaría tanto no olvidar... —dijo ella—. Saber que la magia existe es... tan maravilloso.

—Hay algo que deberías saber —dijo Nathaniel mientras ajustaba la diadema a la cabeza de Marina—. Si has sido capaz de ver la entrada a La Encrucijada, no tardarás mucho en encontrar otra nueva puerta, tenlo por seguro. Tarde o temprano pasarás al otro lado. Y si te soy sincero, no sé si alegrarme por ti o compadecerte —dijo.

—¿Compadecerme?

—La maravilla tiene dos caras, Marina. Una es magnífica y espléndida, pero la otra es atroz, perversa... Y cuando habitas a este lado no te queda más remedio que convivir con ambas —sonrió—. Pero es absurdo que te cuente todo esto cuando estás a punto de olvidar hasta la última de mis palabras. Es hora de dormir, muchacha. ¿Estás preparada?

No, no lo estaba. A pesar de lo que acababa de asegurarle Nathaniel, Marina no quería olvidar que la magia existía, por muy convencido estuviera él de que tarde o temprano iba a encontrar otra puerta a los milagros. Aún así asintió con la cabeza.

Nathaniel correspondió a su asentimiento con otra sonrisa y levantó la mano derecha, a punto de lanzar el hechizo de sueño sobre ella.

—Sé que te va a sonar absurdo dado el escaso tiempo que hemos compartido juntos, pero ha sido un verdadero placer conocerte —dijo—. Espero que tengas una vida larga y plena de satisfacciones.

—Y yo espero que encuentres el modo de despertarla —dijo Marina—. Y que seáis felices juntos.

Nathaniel sonrió, fue lo último vio antes de perder la conciencia.

## 8

Marina despertó de pronto al escuchar el tono de mensajes de su móvil. Se incorporó aturdida y a punto estuvo de gritar. Por un instante no supo dónde estaba, luego reconoció el lugar como un parque del centro. Estaba tumbada en un banco. ¿Cómo había llegado hasta allí? Se llevó la mano a la frente y se la frotó, intentando recordar, pero lo último de lo que tenía memoria era de haber llegado a casa después de visitar aquella extraña ciberteca con su curiosa puerta. ¿Pero qué hacía en ese parque en mitad de la noche?

Sacó el móvil y encontró un mensaje de Ana que sólo logró confundirla todavía más. Su amiga le informaba de que Maurice había regresado a casa y que se encontraba bien, desorientado pero bien, decía no recordar lo que había ocurrido en las últimas horas. Exactamente igual que ella. Frunció el ceño, no podía ser una casualidad. Cuando comprobó la fecha en su teléfono cayó en la cuenta de que la laguna en su memoria era más amplia de lo que pensaba: abarcaba más de un día. Tragó saliva. ¿Qué había pasado en aquel tiempo? ¿Dónde había estado? ¿Qué había hecho? ¿Y por qué notaba esa impresionante sensación de tristeza y vacío?

No tenía más mensajes ni llamadas perdidas en el móvil. Se sentó en el banco y trató de tranquilizarse. No encontraba una explicación racional a lo que estaba ocurriendo.

De hecho le costaba trabajo hasta pensar. Se levantó del banco y echó a andar hacia su casa, con paso lento, mirando de reojo en todas direcciones. Tardó un buen rato en darse cuenta de que caminaba entre lágrimas. Sentía una profunda y terrible sensación de pérdida. Se preguntó si se estaría volviendo loca. No encontraba otra explicación.

De pronto lo vio, inmóvil bajo uno de los árboles del parque. Era un hombre de poco más de veinte años, vestido con chaleco y pantalones negros y una camisa roja. El desconocido la saludó con un gesto y ella, asustada, a punto estuvo de acelerar el paso para alejarse de él. Pero aquel extraño al parecer no tenía la menor intención de ir tras ella. De hecho le llamó tanto la atención lo que hizo a continuación que no le quedó más remedio que frenar su paso.

El desconocido, tras una elegante reverencia, extendió una mano ante él, con la palma vuelta hacia arriba. Y ante los asombrados ojos de Marina, allí apareció un dragón. Era un dragón diminuto, de cuerpo negro y largas alas blancas, no mayor que una paloma. El extraño no dejaba de mirar a Marina con una sonrisa radiante, una sonrisa que, de algún modo, la reconfortó. El dragón echó a volar y Marina lo siguió con la vista, admirada. Pronto se perdió en la noche.

Cuando la muchacha bajó la vista el hombre ya no estaba allí.